

Crónicas

DOMINGO 7 DE ABRIL DE 2024

AÑO 3 - N° 121



Elegía a René Patzi, el cantautor del pueblo

Págs. 6-8

// FOTO: VÍCTOR MONTROYA



Ensamble Moxos
transforma la música
barroca y recupera la
tradición oral

Pág. 2



Presentan la
biografía del
cantautor tarijeño
Nilo Soruco

Pág. 5

A TRAVÉS DE MELODÍAS SUBLIMES Y RITMOS CONTAGIOSOS

Ensamble Moxos transforma la música barroca y recupera la tradición oral

Desde los primeros sonidos que emitió el ser humano, hace más de 200 mil años, la música representa las emociones y sirve para expresar la cultura. Los pueblos, en su búsqueda por resguardar su memoria, resistieron a la conquista y buscaron nuevas formas para mostrar su esencia.

**Estéfani Huiza
Fernández**

Es de noche y apenas se vislumbran los rayitos de la Luna. Aquella casa que se apoya en columnas de piedra luce un gran portón de cedro que resplandece para recibir a la orquesta Ensamble Moxos. Hace más de 400 años, la Compañía de Jesús inició la construcción de la Universidad Pontificia de San Francisco Xavier, que después se convirtió, parte de ella, en museo. Esos tiempos parecen revivir ahora, a las puertas del salón donde se fundó la entonces República de Bolívar.

Cual si fuera parte de una escena de la historia, el Ensamble Moxos inicia el recital con la *Sinfonía de la Olimpiada*, del compositor de música barroca Antonio Vivaldi. Mientras violines, violonchelos, contrabajos y bajones (este último instrumento aerófono nativo de la región) rememoran aquellos tiempos. El sonido de la música transporta a la audiencia a la llegada de los jesuitas a la amazonia boliviana.

Eran otros tiempos, otras realidades. En 1568, los jesuitas se establecen en Santa Cruz de la Sierra; sin embargo tuvieron que pasar más de 80 años para que fundaran San Ignacio de Moxos (1689) y otros 25 pueblos más, que formarían las reducciones de Moxos.

Mientras suena la segunda pieza titulada *Kyrie de la Misa a la Fuga San Joseph*, el público se queda estupefacto, taciturno e inmóvil, sólo observa cada movimiento de los músicos. El frío no se siente cuando aquellas sublimes melodías encandilan los oídos de quienes presenciamos

ese maravilloso momento. Entonces recuerdo que alguna vez alguien me dijo que Beethoven, al ser consultado sobre qué es la música, respondió "la música es una revelación más alta que la ciencia o la filosofía".

La directora de la orquesta, Raquel Maldonado, mueve sus manos al son de las melodías, cada nota que nos regala es como una lágrima de felicidad. Cuando termina el preludio, toma el micrófono y exclama que la música persiguió a la religión y ésta se resignificó en nuevas tierras convirtiéndose en una muestra de identidad y cultura. Además insiste en la forma de escuchar y percibir, pues aquella, la que crean, no suena a la europea.

Quizá si en este momento alguien escuchara la Sinfonía N° 5 de Bethoven, obra famosa en la historia de la música clásica que causó impacto cultural y social por ser parte del periodo de transición entre el estilo clásico y romántico de la música, sentiría un festín de emociones. Esa capacidad de transmitir la tiene el Ensamble Moxos, que conectó rápidamente con su público y ese también es el motivo por el cual es solicitado en varios países del mundo.

Frente a mí se encuentra el concertista que toca el bajón moxeño, se parece a una zampoña gigante, tiene 10 tubos ordenados de pequeño a grande formando una hilera. Hasta ese momento ignoraba que el instrumento es único entre sus semejantes de América Latina. Lo supe cuando un señor vestido de gris, que estaba sentado a mi lado, lo comentó a su compañero, él le detalló que ese instrumento pertenece al acervo cultural de las sociedades originarias moxeñas.

Estos pueblos indígenas del oriente boliviano, que se vieron influidos por las reducciones jesuíticas, aún conservan parte de su cultura. Por ello la música instrumental y el canto coral se constituyen en su legado.

La Ichapekene Piesta, la fiesta mayor de San Ignacio de Moxos, que fue inscrita en 2012 en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural e Inmaterial de la Humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), es una muestra del sincretismo que reinterpreta el mito fundacional moxeño de la victoria jesuítica de San Ignacio de Loyola, asociado a las creencias y tradiciones indígenas.

Esta festividad comienza en mayo, con mucha música (cantos - alabanzas), algarabía y parafernalia. En la procesión participan alrededor de 48 grupos disfrazados con máscaras de sus antepasados y animales. El grupo musical Ensamble Moxos combina esas expresiones indígenas con la música barroca y también se encarga de recuperar aquellos cantos y alabanzas que solían recitar sus antepasados.

La segunda parte estuvo dedicada a rememorar la tradición oral de los pueblos de la amazonia boliviana, la última pieza aludió al velorio tradicional donde las máscaras, tambores, sombreros de ala ancha y los macheteros, que llevaban un tocado de plumas en forma de rayos de sol, hacen una oda a la armonía entre música y danza.

Los bailarines animaron al público a festejar con ellos en una noche histórica, recordando que la conquista española pudo desestructurar a los pueblos, mas no logró aniquilar su esencia. Mientras ese mensaje implícito llegaba a quienes asistimos al recital, los aplausos inundaban la Casa de la Libertad.

Como acto final, el director del repositorio, Mario Linares, entregó un ramo de flores a la responsable de la orquesta, en símbolo de agradecimiento y compromiso con la recuperación de las formas de expresión de los pueblos indígenas del Estado Plurinacional de Bolivia.

DIRECTOR
Carlos Eduardo Medina Vargas

COORDINADORA
Milenka Parisaca Carrasco

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:
Estéfani Huiza Fernández
Gonzalo Molina Echeverría
Jorge Barrón Díaz
Jackeline Rojas Heredia
Víctor Montoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Gabriel Omar Mamani Condo

CORRECCIÓN
José María Paredes Ruiz
Karen Keyla Nina Pino

FOTOGRAFÍA
Gonzalo Jallasi Huanca
Jorge Mamani Karita

Redes Sociales



www.ahoraelpueblo.bo

La Paz-Bolivia
Calle Potosí, esquina Ayacucho N° 1220
Zona central, La Paz
Teléfono: 2159313

EL LEGADO DE HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Celebrando la magia de la literatura infantil

“Los libros infantiles pueden ser la base de la comprensión internacional que necesitan los niños de hoy y mañana para evitar los errores del pasado”, Jella Lepman.

Gonzalo Molina Echeverría

Para exaltar la obra destinada a los niños, el 2 de abril fue declarado a nivel mundial el Día Internacional del Libro Infantil. La Primera Reunión de Expertos en Materiales Educativos, celebrada en México en 1971, bajo los auspicios de la Organización de Estados Americanos, recomendó a los Estados asociados declarar esa fecha como el Día del Libro Infantil, en homenaje al nacimiento del escritor universal Hans Christian Andersen, cuya obra había propiciado el reconocimiento de parte del Comité Ejecutivo de la Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil (IBBY), declarando en 1975 Año del Centenario de su muerte.

Bolivia se asoció a este trascendental evento mediante Resolución Ministerial (Ministerio de Educación y Cultura) N° 124, del 12 de marzo de 1975, gestión que fue llevada a cabo por el profesor Hugo Molina Viaña, en su calidad de presidente de la Sección Boliviana de IBBY.

EL ESCRITOR UNIVERSAL

Hans Christian Andersen (Odense, 1805 abril 2-Copenhague, 1875 agosto 4), escritor danés de literatura para niños, autor de famosas obras de cuentos como *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La sirenita*, *Las zapatillas rojas*, *El ruiseñor*, *El traje nuevo del emperador*. De origen humilde y de extrema pobreza, fue hijo de un zapatero y de una lavandera, a quien dedicó el cuento *La pequeña cerillera*. Su formación fue esencialmente autodidacta, inspirándose en tradiciones populares y narraciones mitológicas alemanas y griegas (países visitados durante sus viajes), así como de experiencias personales.

Entre 1835 y 1872 escribió 168 cuentos de hadas e historias protagonizados por personajes de la vida diaria, héroes míticos, animales y objetos animados. También incursionó en una autobiografía, *La verdadera historia de mi vida*. Sus obras han sido traducidas a más de 80 idiomas y adaptadas al teatro, el cine, dibujos animados, juegos en CD, en el arte de la escultura y pintura.

En 1956 se creó en su honor el Premio Internacional 'Hans Christian Andersen' de la Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil (IBBY), equivalente al Nobel de Literatura, que se concede cada dos años "a un escritor vivo, cuya obra completa haya aportado una importante contribución a la literatura infantil", y a partir de 1966 también de ilustración. Al mismo tiempo

se concede un Cuadro de Honor con un libro representativo de cada país, "con objeto de poner de relieve en el plano internacional los mejores libros para niños y jóvenes".

ORIGEN DEL IBBY

La Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil (International Board on Books for Young People, IBBY) tuvo su origen gracias a la inquietud de la escritora y educadora Jella Lepman, quien organizó en Munich, Alemania, en 1949, la Biblioteca Juvenil Internacional, proyecto asociado a la Unesco.

"Cuando Lepman trabajaba en Alemania durante la posguerra se dio cuenta de que los libros infantiles podían ser la base de la comprensión internacional que se necesitaba para que los niños de hoy y de mañana evitaran los errores del pasado". En 1951 organizó una reunión bajo el lema 'Comprensión internacional por los libros infantiles', a la cual asistieron más de 250 delegados de varios países del mundo.

Dos años después, en 1953, esa labor se traducía en la Primera Asamblea General de la Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil, que tuvo lugar en Zurich, Suiza. Cada dos años, IBBY celebra su congreso en un país determinado.

Entre los propósitos de IBBY está el "fomentar la comprensión internacional mediante los libros infantiles.

Estimula el uso de estrictos criterios literarios y artísticos y la amplia distribución de literatura para niños. Alienta al establecimiento de bibliotecas nacionales e internacionales, la educación permanente de los que se relacionan con la infancia y con la literatura infantil, y la publicación de libros imaginativos y estimulantes para los jóvenes" (HMV).

La Sección Boliviana de IBBY fue aceptada como miembro número 40 en el XIV Congreso Mundial de la Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil de Río de Janeiro (Brasil, 21 octubre 1974), cuya representación fue confiada al profesor y poeta Hugo Molina Viaña. Cumplidas las diligencias ante la organización y las resoluciones impartidas por la Presidencia, se hizo la presentación e inauguración oficial el 9 de noviembre de 1975 en la ciudad de Potosí.

También se organizaron filiales departamentales. IBBY Bolivia, desde su fundación, ha promovido, incentivado y apoyado el libro y la literatura para niños, con una serie de ferias de exposiciones del libro,

festivales, conferencias, coloquios, seminarios, publicaciones, concursos literarios.

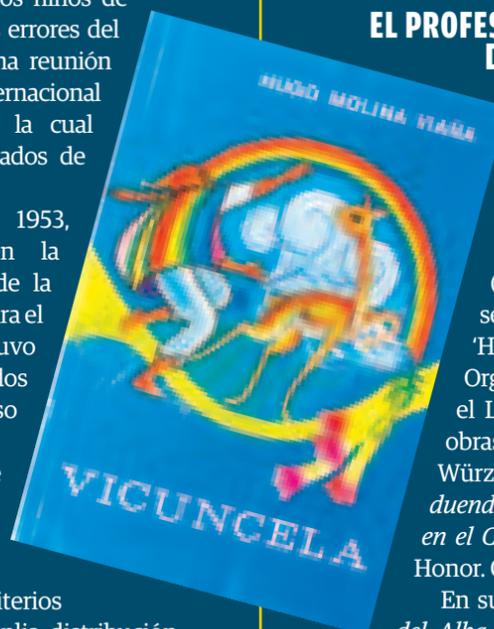
Impulsó la creación del Centro de Documentación e Información de Literatura Infantil (Cendoili), mediante Resolución Ministerial 335/ 84 del 24 de abril de 1984, del Proyecto Interamericano de Literatura Infantil de la OEA, quedando bajo dependencia de la Dirección de Literatura del Instituto Boliviano de Cultura, organizado y dirigido por un Consejo Interinstitucional (Comité Central de Literatura Infantil, IBBY, Departamento de Currículo-Ministerio de Educación, Banco del Libro, Centro Pedagógico Portales). Actualmente su sede es en el Centro Portales de Cochabamba, al igual que IBBY.

EL PROFESOR PRESIDENTE DEL IBBY-BOLIVIA

Hugo Molina Viaña (Oruro, 10 octubre 1931-La Paz, 13 noviembre 1988), profesor, poeta y escritor de literatura infantil, fue presidente y organizador de IBBY-Bolivia (1975-1985). Se destacó por ser premio internacional 'Hans Christian Andersen' de la Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil; por sus obras *Vicuncela* (Cuadro de Honor. Würzburg, Alemania, 1978.) y *El duende y la marioneta. Fantasía idílica en el Castillo de 'La Glorieta'* (Lista de Honor. Cambridge, Inglaterra, 1982).

En su obra poética destacan: *Palacio del Alba* (1955), *Martín Arenales* (1963), *Ratonela* (1974), *Viajeros del Espejo* (2007), *Martín Pescador* (2007), *Pilicitu Pilinín*, *Poemas con fonemas quechuas* (2008), *Poemas para llevar en la mochila* (2010); *Prosa lírica: El Duende y la Marioneta* (1970), *Vicuncela* (canción para una vicuña 1977), *El país de nunca jamás*, *Expomágica* (1979, 1981. Catálogo: ilustraciones de Marcelo Arduz Ruiz), *La Niña de la Glorieta* (1987), *El Reino de Nomeolvides* (2007); *Antología: Selección del cuento boliviano para niños* (1969), *Breve Antología de la Poesía Infantil de la Región Andina* (1974), *Adivina..., adivinador* (1987); *Cuento: Ratonciélagos y otros cuentos* (2008), *El diario de un gato* (2008), *El quirquincho y su caparazón* (2008), *El quirquincho Bolita y otros cuentos* (2010).

En relación al libro, elaboró la *Bibliografía de Literatura Infantil Boliviana* (La Paz: IBBY, 1980). El documento fue presentado al Proyecto Interamericano de Literatura Infantil del Centro de Capacitación Docente El Mácaro, Consejo Nacional de Cultura, Venezuela.



PASIÓN CINEMATOGRAFICA Y COMPROMISO SOCIAL

Videoteca Barbarroja: la utopía realizada

Desde su inicio, en 2000, este colectivo se ha enfocado en promover el Nuevo Cine Latinoamericano de manera altruista, tomando como inspiración a Manuel Piñeiro Losada, comandante de la Revolución Cubana, adoptando el nombre de 'Barbarroja'.

Jorge Barrón
Díaz (*)

Este 24 aniversario de la Videoteca Barbarroja es un momento de profunda reflexión para nuestro colectivo y, a modo de escribir una crónica, deseo compartir la experiencia de un nacimiento y la vivencia de la utopía realizada.

SUEÑOS Y UTOPIÁS

Como resultado de compromisos personales y colectivos, mujeres y hombres que buscamos hacer realidad nuestros sueños y utopías a través del cine, tomamos la cita del cineasta Miguel Littín: "América Latina es la tierra del mañana. Tiene que ser conocida a través de sus alegrías y de sus dolores. Y para ello los filmes son los mejores mensajeros" y echamos a andar las tareas del nuevo proyecto para contribuir en la construcción de un país con identidad, profundos valores históricos y culturales.

Muchos sentimientos y recuerdos fluyen en este recuento cronológico de una travesía, de casi un cuarto de siglo de trabajo sin fines de lucro, mostrando documentales y películas, para conocer y reconocer las identidades y culturas de nuestro país y de América Latina. Es el convencimiento del poder de las imágenes para concientizar en nuestros pueblos la necesidad de transformar y construir una nueva sociedad, justa y solidaria.

NUESTRO NACIMIENTO

En una tarde lluviosa de verano, el 24 de marzo de 2000, en Chuquiago Marka (La Paz, Bolivia), a iniciativa de Santiago Feliú, consejero político de la Embajada de Cuba en Bolivia, en aquella época, fuimos convocados a la legación diplomática algunos amigos de la solidaridad con Cuba para la proyección de un documental inédito sobre un comandante de la Revolución cubana.

Los invitados de Feliú para aquella sesión éramos Jorge Sanjinés, Lorgio Vaca, Beatriz Palacios (+), Rosario Pino de Bolivia y Yolotzin Gómez, todos ligados al ámbito del cine y la cultura.

Al finalizar la proyección del documental, todos quedamos impresionados con la historia del personaje, es cuando Santiago Feliú plantea la necesidad y urgencia de discutir la idea de una videoteca que se dedicara a la promoción y difusión del Nuevo Cine Latinoamericano en Bolivia, con el apoyo del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y el Gobierno revolucionario de Cuba.

Después de un intercambio de opiniones sobre la viabilidad del proyecto, la consideración de aspectos logísticos y operativos para su funcionamiento, y nuestra participación en la iniciativa desde nuestras trincheras, se procedió ese día a la creación de la videoteca, en una fecha que casualmente coincidía con el inicio de acciones de la guerrilla del Che en Ñancahuazú, hace 33 años.

NUESTRO NOMBRE, NUESTRA IDENTIDAD

El nombre de Videoteca Barbarroja lo propuso Santiago Feliú en homenaje al comandante de la Revolución cubana, Manuel Piñeiro Losada, conocido como 'Barbarroja' en la guerra de guerrillas de la Sierra Maestra, en el ingreso de los barbudos a La Habana, al triunfo de la Revolución cubana y en las tareas internacionalistas de Cuba en América Latina y el mundo.

Es un reconocimiento al comandante 'Barbarroja', por su inmensa labor de apoyo decidido a las causas justas de los pueblos del mundo, por su liberación y los ideales más nobles que él profesaba como un seguidor de Ernesto Che Guevara.

NUEVO CINE LATINOAMERICANO

El Nuevo Cine Latinoamericano fue un movimiento cinematográfico surgido en América Latina en la década de los sesenta, que se proponía terminar con los paradigmas del cine comercial, inventando otros lenguajes, utilizando la improvisación, la experimentación, el conocimiento de los ritmos internos del pueblo y la captación de su cultura más allá de los estudios, que suponían por sí mismos de un valor estético y artístico espectaculares.

Además, en la visión de los realizadores del Nuevo Cine Latinoamericano, en un continente que lucha por su liberación, el cine revolucionario que proponen deberá ser antiimperialista por razones ideológicas y, en consecuencia, desempeñar una labor de denuncia, de clarificación, de rescate y así contribuir a la toma de conciencia sobre las culturas nacionales, a la par que participan en ellas contribuyendo a su desarrollo. A este proceso, Jorge Sanjinés y el grupo Ukamau denominarán como teoría y práctica de un cine junto al pueblo.

CAMINANTE NO HAY CAMINO, SE HACE CAMINO AL ANDAR

Este espacio cultural de reflexión y discusión, dedicado a la promoción y difusión del Nuevo Cine Latinoamericano, inicia sus actividades al estilo de los grandes realizadores, con muchas ideas y pocos recursos, pero un compromiso militante para transformar la realidad de nuestro país.

Con un reproductor y los primeros videos en formato VHS y Beta, donados por Beatriz Palacios y Santiago Feliú, presentamos en Sucre el primer ciclo Clásicos del Cine Cubano, en el Festival Internacional de la Cultura, en septiembre de 2000, con mucho éxito.

Durante muchos años, nuestras actividades continuaron como un road movie en La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Chuquisaca, Potosí, Oruro y El Alto, y luego en Tarija, Beni y Pando, en los centros mineros, comunidades campesinas, sedes sindicales, barrios populares, clubes de madres, juntas vecinales, escuelas, colegios, universidades, plazas y calles de ciudades y pueblos.

La dinámica que caracteriza estas presentaciones son las de cine-foro, con breves charlas sobre la obra del director, la sinopsis, la ficha técnica, luego viene la proyección de la película y para finalizar un debate abierto al público.

De esta forma en todos estos años acercamos al público, en general, y a los jóvenes, en particular, la filmografía de Tomás Gutiérrez Alea (Cuba), Jorge Sanjinés (Bolivia), Fernando Birri (Argentina), Glauber Rocha (Brasil), Santiago Álvarez (Cuba), Miguel Littín (Chile), Fernando Solanas (Argentina), Nelson Pereira dos Santos (Brasil), Fernando Pérez (Cuba), Verónica Córdova (Bolivia), Víctor Gaviria (Colombia), Francisco Lombardi (Perú), Paul Leduc (México), Humberto Solás (Cuba), Ruy Guerra (Brasil), José Campanella (Argentina), Juan Carlos Tabío (Cuba), Fernando Vargas (Bolivia), Sergio Cabrera (Colombia), Arturo Ripstein (México) y otros realizadores latinoamericanos.

ANDARES DE BARBARROJA POR LA PATRIA GRANDE

La Videoteca Barbarroja ha participado en eventos como el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano en La Habana, Cuba; el Festival Internacional de Cine en Guadalajara, México; el Festival Internacional do Cinema Novo en Rio de Janeiro, Brasil; el Buenos Aires Festival Internacional de Cine Independiente en Buenos Aires, Argentina; el Festival Internacional de Cine en Cartagena de Indias, Colombia; el Transcinema Festival Internacional de Cine en Lima, Perú; y el Festival Internacional de Cine y Derechos Humanos en Montevideo, Uruguay.

EL CAMINO RECORRIDO Y LOS NUEVOS DESAFÍOS

La Videoteca Barbarroja en este aniversario tiene su archivo filmográfico totalmente digitalizado, con más de 2.500 títulos de películas y documentales, afiches, fotos, fichas técnicas, libros y revistas del Nuevo Cine Latinoamericano. Las películas fundamentales del maestro Jorge Sanjinés como *Ukamau*, *Yawar Mallku*, *El enemigo principal*, *El coraje del pueblo*, *Banderas del amanecer*, *La nación clandestina*, *Insurgentes* y *Juana Azurduy*, *Guerrillera de la Patria Grande*; los documentales *Vuelve Sebastiana*, *Mina Alaska* y *La Vertiente* de Jorge Ruiz y una sección especial con la filmografía sobre Ernesto Che Guevara, quizá la más completa del mundo en la actualidad.

Desde el inicio de nuestras actividades, hemos realizado ciclos de cine en Vallegrande y La Higuera, en homenaje al Che Guevara, y en los últimos diez años hemos presentado programas de cine latinoamericano en la TV y ahora mismo tenemos un programa mensual en ATB Red Nacional.

En esta nueva etapa, continuaremos participando en festivales internacionales, realizando ciclos de cine, talleres de realización cinematográfica y formación de públicos, en los nueve departamentos del país y países hermanos, para promover la amistad, la integración y la solidaridad entre los pueblos de la Patria Grande.

Asimismo, la incorporación de las nuevas tecnologías, interactividad con las redes sociales, construcción de nuestra propia infraestructura, producción de programas para la televisión, la creación de un canal de TV cultural y la publicación de un catálogo sobre la filmografía del Che son los nuevos desafíos de la Videoteca Barbarroja en la hora presente.

(*) Director Ejecutivo de la Videoteca Barbarroja



UNA PERSPECTIVA ÍNTIMA DE UN ÍCONO DE LA MÚSICA BOLIVIANA

Presentan la biografía del cantautor tarijeño Nilo Soruco

Esta obra, parte del programa Biblioteca Biográfica de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, es un valioso aporte a la historia nacional. La presentación, realizada en la chura Tarija un día después del vigésimo aniversario del fallecimiento del artista, destacó los momentos cruciales de su vida y su incansable lucha por la democracia.

Jackeline Rojas Heredia

En la Casa de la Cultura de la ciudad de Tarija se presentó el lunes 1 de abril la biografía musicalizada *La vida es linda*, del cantautor y héroe nacional Nilo Soruco Arancibia. Este libro forma parte de una serie de biografías impulsadas por la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia (FC-BCB), a través del programa Biblioteca Biográfica, y se constituye en un valioso aporte a la historia del país y a la educación en general.

Los pasajes sobre la vida del cantautor tarijeño fueron recopilados, sistematizados y ordenados por el investigador Fernando Hurtado Valdivia, con el apoyo y seguimiento de las hijas del artista, sobre todo de Zemlya Soruco, más el equipo de profesionales editores de la FC-BCB y el equipo del Centro de la Revolución Cultural (CRC), dependiente de la FC-BCB.

La obra fue presentada oficialmente un día después del vigésimo aniversario del fallecimiento del cantautor, quien partió de este mundo el 31 de marzo de 2004. En esa ocasión, la familia del artista organizó un acto de homenaje en el lugar donde reposan sus restos.

La vida de Nilo Soruco, plasmada en el libro, permite recordar "valores universales" como la amistad, fraternidad, el honor, la honradez, justicia, la libertad, valentía y verdad, que, por lo general, se olvidan, pero recobran mejor sentido a través de las páginas de la biografía de un hombre sencillo, sensible y valiente, que no dudó en hacer frente a la tiranía por la defensa social.

Veinte años han pasado desde que Nilo Soruco dejó este mundo, y la familia busca recordar, junto con la población tarijeña que lo quiso, que se conmovió con

su canto, su palabra, su mensaje, el aporte que dejó el artista, maestro, hombre, padre y líder. Recordar que su voz no pudo ser silenciada pese a las horas de tortura y los múltiples golpes, pese al hambre y el dolor que su delgado cuerpo aguantó.

La ocasión para presentar la biografía musicalizada permitió no solo volver a la vida del artista a través de las actividades conmemorativas, sino que otorgó a la población tarijeña la oportunidad de adquirir el libro, de leerlo y recorrer, a través de sus páginas, por las diversas etapas de su vida, por el fortalecimiento de sus canciones, convertidas hoy en clásicos de la música tarijeña y nacional.

NILO EN SU NIÑEZ Y JUVENTUD

Inicia este canto a la vida con un Nilo niño, que sufrió una especie de ataque cataléptico por el que cae en un sueño profundo que es interpretado como el final por sus familiares. Llegó el llanto, la resignación y el cajón mortuario, y, en ese sopor lánguido, llegó, también, algo inesperado, su resurrección. El niño vuelve a respirar e inyecta, en su familia, la fe en los milagros.

A partir de ahí, su vida transita en una acumulación de sueños que no van a la par con su realidad marcada por las necesidades y el sacrificio. Pronto el joven, que aprovecha las oportunidades para mejorar sus conocimientos, al componer canciones, cantarlas, logró convertirse en maestro. Su vida, entonces, deja de ser solo suya para convertirse en una entrega enlazada con la historia y la lucha de Bolivia contra la dictadura.

Es el maestro que sueña con que sus estudiantes y, posteriormente, la familia que construye junto con su compañera, María Victoria Olga Verdún Cossío, vivan en un país democrático con mayor igualdad y con posibilidades de alcanzar una vida mejor, en concordancia con su formación socialista y con sus propias reflexiones surgidas desde la experiencia de su existencia.

PERSECUCIÓN

Esas circunstancias que influyen en su carácter, en su composición e interpretación musical, lo llevan a ser visualizado por el poder del gobierno del dictador Hugo Banzer y, posteriormente, a ser perseguido, atrapado, encarcelado y torturado sin piedad. Su verdad, que defiende sin tregua, es la misma de todos los perseguidos, de todos los defensores y defensoras de la democracia.

La biografía es un aporte necesario para que las generaciones actuales conozcan la historia de terror que vivió Bolivia con los gobiernos militares de facto; pero, a la vez, la vida de Nilo en las páginas del libro revive el mensaje siempre latente en su música, ése que estimula la fuerza en el ser humano para soportar la carga de las dificultades: *La vida es linda*, pese a todas las batallas, pese a todas las injusticias, nadie debe desfallecer, ni rendirse jamás.

La vida es linda es el título de una de las cuecas más dulces del cantautor tarijeño y es la frase afirmativa que resume su aporte y su mensaje eterno. El libro permitirá, además, a través de títulos sugerentes como: El minuto cósmico, Madera del alma, Del jardín de mis amores, Jesucristo comunista, La música comprometida y otros, conocer el contexto y la vida vibrante del pueblo tarijeño, su música, su tonada chapaca, su alegría y la ternura de las mujeres tarijeñas.

Adentrará al lector a la intimidad del cantautor, a los sentimientos heredados y compartidos por sus tres hijas, al esfuerzo inconmensurable de Zemlya Soruco, la hija que jamás se rindió para evitar que el legado de su padre quede en el olvido. Todos y todas, y Bolivia entera, recordarán a Nilo Soruco Arancibia a través de la lectura y de la música que eterniza el valor y la fortaleza de un hombre que siempre ha creído en su patria y ha luchado por ella.

El libro puede encontrarse y adquirirse en la tienda Fernando Montes de la FC-BCB y en todos los repositorios dependientes. También estará presente en las ferias de libros y, por supuesto, en Tarija.



A DOS AÑOS DE SU SENTIDO FALLECIMIENTO

Elegía a René Patzi, el cantautor del pueblo

A través de sus composiciones, el reconocido cantautor llallagüeño denunció las injusticias y se convirtió en la voz de los desposeídos. Su vida estuvo marcada por la música, la amistad y la lucha por un mundo más justo. A pesar de su partida, su legado musical perdura y sigue inspirando a generaciones futuras.

Víctor Montoya

René Patzi, el leal amigo y compañero de innumerables hazañas, aunque murió en Oruro, siempre será recordado como el eximio músico y cantautor llallagüeño, porque en esta tierra, de valerosos mineros e indomables amas de casa, trascurrió su infancia y adolescencia. Así en vida haya transitado por lejanas tierras, jamás dejó de cobijar en su fuero interno el sincero deseo de enterrarse en el cementerio de Llallagua, en este jirón patrio donde aprendió a templar no solo su guitarra y su voz, sino también sus ideales que se forjaron al lado izquierdo donde palpaba su corazón. Supo atesorar los mejores pensamientos y sentimientos de los desposeídos y supo ser un verdadero amigo de los amigos.

Lo conocí desde la escuela primaria, fuimos compañeros de banco y de aventuras infantiles en la escuela Jaime Mendoza. Después seguimos nuestros estudios en el colegio Iro de Mayo, donde organizamos células de estudiantes revolucionarios, quienes no cesaban de agitar contra la dictadura militar de los años '70, siempre en sincronía con el movimiento sindical minero y el comité de amas de casa. Algunas veces, cubiertos con pasamontañas para no ser identificados, nos dedicábamos a distribuir volantes y panfletos "subversivos" en Catavi, Siglo XX y Llallagua.

Mientras realizábamos esta actividad clandestina, casi siempre burlando la vigilancia policial, él no paraba de comprar instrumentos musicales del folklore nacional ni dejaba de agrupar a un conjunto de muchachos para que lo acompañaran, con bombos, quenás y charangos, en las horas cívicas del colegio, donde sus presentaciones eran las más solicitadas por los y las estudiantes mayenses. Un día de esos, me propuso tocar el bombo en su conjunto. Yo le dije que cada cual tenía una misión en la vida, que su oficio era hacer música, pero "música protesta", y que el mío era organizar células para hacer la revolución de obreros y campesinos.

René Patzi era un ser que no dejaba de tener ocurrencias ni dejaba de sorprenderse con las curiosidades y especulaciones esotéricas propias de las pseudociencias populares. Por ejemplo, un día después de clases, me enseñó una revista, con ilustraciones a todo color, dedicada a la teoría de la Atlántida, la isla que, según el relato del filósofo griego Platón, sucumbió bajo las tormentosas olas del mar y fue cubierta por grandes masas de lodo. Lo que no se sabía, a ciencia cierta, era en qué lugar y cuándo sucedió exactamente el diluvio, salvo que la Atlántida estaba habitada por seres gigantes, algunos con un solo ojo en la frente y otros con los pies grandes como las patas de dinosaurio; una leyenda de la tradición oral que, como a todo adolescente curioso y de espíritu sensible, le llamaba poderosamente la atención, hasta el extremo de que creía que la Atlántida estaba ubicada en las costas del océano Atlántico, en el extremo sur del continente americano, más exactamente en la Patagonia argentina o en la zona austral de Chile. Al final de nuestra conversación

sobre la desaparecida Atlántida, me preguntó: ¿Y tú crees que haya existido esa antigua civilización? No lo sé, le contesté. Mientras no haya pruebas concretas, no sé en qué creer, pero como bien dice el proverbio: "Ver para creer".

Más de una vez se nos ocurrió la idea de realizar excursiones hacia los escarpados cerros y las áridas pampas del norte de Potosí, con la finalidad de hacer prácticas guerrilleras, inspirados por las experiencias foquistas que estallaron en las montañas de Ñancahuazú y Teoponte. Recuerdo, asimismo, que en uno de esos entrenamientos de tres días nos quedamos sin víveres antes de tiempo, así que René Patzi, recordando los platos de comida y los panes menospreciados en la casa de su señora madre, se puso a llorar de hambre, como evidenciando que la vida del guerrillero era más sacrificada que la idea romántica que nosotros teníamos de ellos.

En otra ocasión, cuando volvimos al campo para recolectar insectos y luego armar nuestros insectarios en la clase de Ciencias Naturales, René Patzi tuvo la ocurrencia de llevarse dos conservas de sardinas con tomate, que su señora madre, dedicada a la venta de coca, alcohol, cigarrillos y otras mercaderías, le entregó sacando de uno de los estantes que tenía en la tienda. Él las tomó como si se tratara de verdaderos majares. Estando ya en las cercanías del pueblito Nueva Granada, y al cabo de haber buscado, debajo de las piedras y arbustos, arañas, alacranes y otras alimañas, nos las zampamos entre los seis muchachos que formaban parte de la aventura. Minutos más tarde, empezamos a sentir dolores en el estómago, nos pusimos blancos como el papel y acabamos lanzando lo ingerido a orillas de un riachuelo. Solo entonces caímos en la cuenta

► de que las sardinas tenían la fecha de vencimiento caducada desde hacía más de dos años. De modo que, entre retorcijones de estómago y dolores de cabeza, todos acabamos tendidos y desparramados como soldados derrotados en una batalla que nunca se libró; una experiencia que, sin embargo, nos enseñó la lección de que mejor era morir de hambre que morir intoxicados por conservas de sardinas con fechas vencida.

Como la música era la mayor pasión de su vida, no dejó de entrenar su voz ni tocar sus instrumentos todas las tardes, apenas terminábamos las clases y él llegaba a su casa, con el afán de conformar su primer grupo musical. Fue entonces, en tiempos en que las dictaduras militares imperaban en América Latina, que aprendió a interpretar la “música protesta” de los chilenos Quilapayún, Inti-Illimani, Víctor Jara y Violeta Parra, un ramillete de canciones que formaban parte de su extenso repertorio donde no faltaban las composiciones de Benjo Cruz y Nilo Soruco. No está por demás decir que era también un apasionado de las zambas argentinas y las cuecas del folklore nacional.

El año 1975 entró en contacto con la música de otros cantautores latinoamericanos, cuyos temas abordaban las atrocidades cometidas por los regímenes dictatoriales del Cono Sur, que habían desencadenado procesos sanguinarios contra los opositores políticos, asolando a sus países y dejando una reguera de muertos, heridos, encarcelados, torturados, exiliados y desaparecidos. En ese periodo, cuando la tristemente famosa Operación Cóndor sembró el pánico y el terror entre los militantes de la izquierda, René Patzi se dedicó a cantar las canciones de los venezolanos Solead Bravo y Alí Primera, cuyos discos se los había prestado nuestro compañero Víctor Martínez, quien, a su vez, me los pidió prestados a mí, que tenía esos discos debido a que mi padrastro los trajo de Venezuela en 1974, como un obsequio y souvenir del congreso realizado en Caracas por la Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadores Estatales (Clate).

René Patzi, obedeciendo a los dictados de su conciencia, siguió cultivando la “música protesta”, la “nueva canción latinoamericana”, que era el repertorio que se escuchaba entre los jóvenes revolucionarios que teníamos el pensamiento puesto en la revolución obrera y la construcción de una sociedad más justa y equitativa.

Al fragor de las luchas emprendidas por el proletariado minero, que tenía su epicentro en las poblaciones de Catavi y Siglo XX, surgieron sus primeras composiciones musicales, mientras entrenaba su potente voz y perfeccionaba

su destreza en la ejecución de la guitarra, un instrumento que lo acompañaría a lo largo de su vida, ya que René Patzi, a diferencia de los guerrilleros, decidió empuñar la guitarra y no el fusil, convencido de que un instrumento de cuerdas era también un arma poderosa para denunciar las injusticias sociales y las discriminaciones raciales en un país que buscaba romper con las cadenas de la opresión imperialista.

Recuerdo también que otra de las facetas de su personalidad creativa era la pintura y el dibujo. No en vano era uno de los alumnos más apreciados y hasta premiados por la profesora de artes plásticas. Destacó con sus obras realizadas con lápices, pinceles y acuarelas, que llamaban la atención de los compañeros del curso y despertaban el elogio entre los profesores del colegio. No sé si después del bachillerato siguió cultivando el arte pictórico, pero sí sé que tenía todo el potencial para trocarse en un artista plástico de alto vuelo, ya que sus creaciones estaban esbozadas a partir de sus observaciones del entorno social y, como es natural, estaban matizadas con los colores de la vida.

Años más tarde, cuando yo me encontraba todavía exiliado en Suecia, me enteré, por comentarios de los amigos, que René Patzi se marchó a la Argentina, donde dignificó el folklore boliviano y fue invitado a tomar parte en los conciertos junto a artistas de renombre internacional como Jorge Cafrune, Horacio Guarani y Mercedes Sosa. Asimismo, me contaron que participó en los festivales de Cosquín y que realizó viajes a Europa, África y Asia, cargando en bandolera su guitarra y ampliando su horizonte en el ámbito musical, consciente de que la música era el único lenguaje universal que no conocía fronteras.

Ya de retorno a Bolivia, volvimos a reunirnos en Cochabamba, en un encuentro de amigos y compañeros del colegio 1ro de Mayo, que se llevó a cabo en julio de 2011; una excelente ocasión que nos permitió retomar nuestra amistad con el afecto y el cariño que nació en la infancia y que perduraría para siempre.

No volvimos a perder el contacto; es más, volvimos a reunirnos en ocasión del reconocimiento que le concedió el Gobierno Autónomo Municipal de Llallagua el 21 de enero de 2020. Él agradeció públicamente mi presencia en el Salón Rojo y yo le dediqué unas palabras de elogio y aproveché para regalarle algunos de mis libros, que los envolví, como una suerte de “presente sorpresa”, en un papel rojo que llevaba un rosón del mismo color. Después me contaron sus hermanos, quienes conformaban el grupo musical Natividad, que René Patzi lo guardó celosamente el paquete en el cuarto

del hotel y que no quiso abrirlo ni enseñarlo, sino hasta que retornó a Cochabamba.

En el festejo que le preparó la subalcaldía del distrito central de Llallagua, en coordinación con Manfred Espada, le escuché cantar, a viva voz, las composiciones de su autoría y, aprovechando uno de esos instantes, entre trago y trago, le dije que tenía que reproducir sus temas y, de una vez por todas, lanzarlos en las diversas plataformas de internet, para el deleite de sus admiradores y para que se conozcan sus canciones a nivel nacional e internacional. Ahí mismo le propuse que reuniera sus textos para publicarlos como una suerte de poemario. Él pensó un instante y aceptó mi propuesta, considerando que era una idea que lo motivaría a dejar el precedente de que el músico era también un poeta de sobrados quilates.

Desde luego que, debido a su deceso, tras un fortuito accidente, acaecido en la ciudad de Oruro en la madrugada del 10 de abril de 2022, muchos de estos proyectos quedaron trancos, como cuando un viajero se queda plantado a medio camino. Así que sus familiares, amigos, compañeros y conocidos, nos quedamos con la tarea de concluir con sus anhelados sueños hechos de cadencias musicales y versos encendidos al rojo vivo.

En marzo de 2022, cuando estaba a punto de lanzar en YouTube y Facebook otra de sus formidables composiciones, con la compañía musical de sus hermanos Néstor y Eddy, me llamó desde Cochabamba, solicitándome que escribiera una breve introducción para destacar el tema histórico que abordaba en su canción compuesta con infinita convicción y pasión a finales de los años '70. Yo le contesté que, en consonancia a nuestra vieja amistad de amigos y compañeros de lucha, estaba dispuesto a echarle unas líneas para contextualizar que el “Abrazo de Charaña”, entre los dictadores militares de Bolivia y Chile, no fue otra cosa que una farsa diplomática y un “canje territorial” que, debido a varias razones geopolíticas, no se concretó como si las aguas del Pacífico se hubiesen escurrido entre los dedos de las manos. Desde luego, accediendo a la solicitud del cantautor y sin pensar dos veces, escribí el breve texto que usted, atento lector, puede leer a continuación:

“René Patzi, el músico de siempre, desde siempre, nos refresca la memoria a través de su composición referida al Abrazo de Charaña, en 1975, entre Augusto Pinochet y Hugo Banzer Suárez, dos abominables dictadores que asolaron a sus países con crímenes de lesa humanidad. El artista nos canta del cambalache territorial que, ante la atónita mirada de los pueblos hermanos, se congeló como los gélidos soplos del viento en la

► estación ferroviaria de Charaña, donde el fervoroso abrazo de los dictadores, ataviados con calatravas y charreteras de general, fue el símbolo de la patrioterismo vocinglero que no tuvo más testigos que sus testaferreros dedicados a bañar en sangre a los habitantes de dos pueblos hermanos, donde los gritos de tortura se multiplicaban en ecos como las partituras de la música hecha de pura conciencia y denuncia popular...”.

René Patzi era el cantor del pueblo, el que sumó a su voz, templada como el acero, la voz de los obreros, estudiantes y campesinos, en un franco compromiso social que lo situó como al intérprete del pueblo en la constelación musical donde suenan las composiciones de Benjo Cruz y Nilo Soruco, quienes fueron sus principales referentes, al menos en los comienzos de su largo itinerario como cantante y trovador.

Como todo enamorado de la música folklórica, no dejaba de escuchar a otros artistas como los hermanos Hermosa, Junaro, Yuri Ortuño y Gerardo Arias, quien cautivaba a multitudes con canciones como *El minero*, que René Patzi escuchaba una y otra vez, como quien sabía que las canciones nacidas del fondo del alma eran las únicas que llegaban al corazón del pueblo.

Todos quienes lo tratamos de cerca, no teníamos la menor duda de que René Patzi había nacido para ser el músico del pueblo, el trovador que manejaba la guitarra como bandera de libertad, cantándole al pueblo lo que el pueblo quería escuchar de sus labios, que eran los genuinos instrumentos que le permitían articular los versos que él mismo escribía con originalidad, propiedad y sentido común. Ahí están sus composiciones dedicadas a la masacre de San Juan de 1967, a la guerrillera nicaragüense del Frente Sandinista de Liberación Nacional y sus diversas canciones destinadas a los trabajadores de la nación oprimida por el imperialismo y sus sirvientes nativos.

Era costumbre escucharlo cantar, hora en el escenario, hora en el ruedo de amigos, las músicas románticas del recuerdo, las baladas de los años '70 y las zambas argentinas que conformaban su amplio y selecto repertorio. Aunque su música era un amplio abanico de ritmos que él sabía interpretar con todo el furor de sus pulmones, lo más probable es que quienes lo conocimos en persona y seguimos su trayectoria de cerca y de lejos, no siempre reconocida mediáticamente en el ámbito nacional e internacional, no dejaremos de escuchar ni de cantar sus composiciones dedicadas a Llalagua, a esta tierra que lo vio crecer y fue una de sus fuentes de inspiración. No en vano la música y letra de su cueca: Soy de Llalagua, nortepotosimanta, es la viva expresión de lo mejor de sus pensamientos y sentimientos que, apenas vertidas en cadenciosas melodías, se convirtió —y se convertirá— en una suerte de himno dedicado al terruño donde transcurrió su infancia y juventud.

Él mismo, como lo expresó en los versos de *Soy de Llalagua*, nortepotosimanta, tuvo el hondo deseo de morir y enterrarse en su pueblo minero, de cuyas profundas entrañas brotó el estaño y el coraje de los mineros. René Patzi estaba consciente de que Llalagua fue el semillero de grandes dirigentes sindicales, la cuna de indomables amas de casa y la escuela revolucionaria de jóvenes que no dejaron de luchar contra los gobiernos dictatoriales.

El 8 de abril de 2021, en los funerales de nuestro común amigo y compañero Víctor Martínez, quien falleció de una manera inesperada e insólita, nos reencontramos en una funeraria de la Llajta y nos fundimos en un apretado abrazo, sin mediar palabras pero comunicándonos con las miradas empañadas por la congoja de saber que uno de los

nuestros se nos iba en plena pandemia. Esa tarde, de insondable pesadumbre y sofocante calor, mientras me conducía hacia el cementerio, en su auto recién adquirido y en compañía de sus hermanos, se me ocurrió comentarle que cuando estaba en Caracas, un amigo venezolano, dedicado al teatro de títeres, me invitó una cerveza fría nada menos que un día en que el calor penetraba por los húmedos poros de la piel. “No hay mejor clima ni mejor momento que una tarde inundada de sol para saborear una cervecita fría”, le dije. René Patzi detuvo el auto a la vera del camino, se bajó con parsimonia, se acercó a una tienda y compró una lata de cerveza. Volvió al auto, encendió el motor y, mirándome de reojo, me la entregó para que la saboreara a mi regalado gusto, mientras proseguimos rumbo al cementerio. Esa fue, quizás, su mejor demostración de cariño, un sincero gesto de amistad que no tiene precio ni parangón. Ahí mismo, en el portón de salida del camposanto, nos despedimos efusivamente, sin saber que esa sería la última vez que se comunicaban nuestras voces y miradas, en medio de un cortejo fúnebre en estado de llanto.

Ahora que ya no está con nosotros, entre nosotros, debe recordarse que René Patzi formaba parte de los cantautores que vivieron íntegramente para cultivar el arte musical, de esa pléyade de artistas que pensaron y sintieron como su pueblo; más todavía, ahora que sus restos descansan, como él lo deseó sin vacilar un solo instante, en el cementerio general de su querida y añorada Llalagua, es natural que su tumba se convierta en una más de las atracciones turísticas para los visitantes nacionales y extranjeros, quienes desean conocer a los personajes notables de esta tierra minera, a esos hombres y mujeres que dieron renombre a las poblaciones del norte de Potosí con su lucha y su coraje, que vale tanto como todo el estaño que se produjo para alimentar al mundo entero.

Los familiares, amigos, compañeros y conocidos, que lo vimos partir hacia el parnaso donde moran los grandes artistas del verbo y la melodía, estamos en la obligación ética y moral de conservar su legado musical

como un patrimonio inmaterial del pueblo, ya que sus poesías, escritas con límpida conciencia y corazón en la boca, reflejan las tragedias humanas de los más desposeídos, convirtiéndose en himnos de protesta contra los poderes de dominación.

No todo se acabó con la muerte de René Patzi, todavía estamos a la espera de que vuelva a escucharse su voz, como ecos nacidos en las quebradas de las montañas, así sea en las voces de otros artistas que conservan su legado musical, ese canto de protesta y denuncia social que a René Patzi le brotó del corazón como la mejor expresión de su alma, más parecida a una cajita de resonancias que producía partituras que él transformaba en música con las cuerdas de su guitarra y su melodiosa voz que penetraba en los oídos y corazones de quienes lo considerábamos un músico de oficio y vocación, un músico que aprendió a vibrar junto a la pasión de un pueblo que jamás olvidará su pasó por la vida y la historia.

Los cantautores como René Patzi no mueren, tienen vida eterna y sus canciones se multiplican en otras voces y en otros instrumentos que lo traen hacia nosotros una y otra vez, porque sus canciones, que corren como los soplos del viento, se immortalizarán en la memoria colectiva, como llamas encendidas en los corazones de los amantes de la “música protesta”, que es también un arte entre las artes, con mensajes destinados a los enamorados de la libertad y la justicia.

